

En las recámaras de la historia

Insólitas parejas. Doce historias auténticas de enamorados famosos

DANIEL SAMPER PIZANO

MATADOR (ilustración)

Penguin Random House, Bogotá, 2019, 364 pp.

INSÓLITAS PAREJAS es el segundo volumen de la que promete ser una nutrida saga porque el autor, después de ejercer el periodismo durante 55 años y publicar más de 30 libros de ensayo, humor y ficción –siempre documentado en la realidad–, encontró la mejor entretención para su ocio intelectual en las historias no de simples amores romanticones, sino pasionales, sangrantes, casi suicidas. Como dice Samper Pizano en el prólogo, “este libro trata sobre las extrañas uniones que producen el amor y/o el sexo y el extraordinario poder que ejercen esos sentimientos” (p. 11), pero igualmente sobre las consecuencias que tuvieron esas uniones en la sociedad y en la época que les dieron cobijo. “Un lecho bien servido puede crear o destruir imperios, desatar batallas, quebrar empresas, dividir religiones. Pero también es capaz de abrir nuevas ventanas en vidas aburridas y oscuras comunidades” (p. 13).

Con el músculo que tensó en la escritura de sus *Lecciones de historia de Colombia* y *Breve historia de este puto mundo*, los últimos de parejas llevaron a Samper Pizano a leer montañas de libros y artículos de todo tipo y en varios idiomas –de los cuales queda juicioso registro en la amplia bibliografía–, a consultar archivos desde parroquiales hasta judiciales y hacer reportería en las calles de ciudades y pueblos para ubicar los lugares donde vivieron, trabajaron y se refocilaron sus protagonistas. De esas zambullidas en la historia universal sale con empacho a regurgitar estos relatos curiosos que además de ampliar la cultura general satisfacen el morbo de los lectores más curados de sorpresas.

Este libro nace de la veintena de parejas que se le quedaron por fuera cuando escribió *Camas y famas* (2017). En ese primer volumen le cogió el tranquilo al tema y decidió aplicarse

a fondo siguiendo el ejemplo de los pioneros del relato histórico “observado con lente de humor”, entre ellos el español Juan Pérez Zúñiga, que en 1911 escribió la *Historia cómica de España* y, pese a haber dejado una copiosa obra, en 1938 murió de hambre (¡!). (No hay ninguna relación causal ni es dable tan trágico final para el festivo autor que nos ocupa, aunque en su faceta de columnista crítico y de periodista investigativo es conocida su temeridad que atrae poderosos enemigos.)

La originalidad de esta propuesta es que no hay nada parecido en los anales de la historiografía o de la literatura humorística colombiana, de por sí escasa. Ni los antiguos maestros de la crónica del siglo XIX, como Rodríguez Freyle o Cordovez Moure, ni los más contemporáneos como el cachaquísimo Alfredo Iriarte, se embarcaron en tan ciclópea tarea de contar la historia local y universal desde la intimidad de los poderosos, coto de caza casi inexpugnable en nuestra cultura criolla. Samper Pizano corta la cinta en esta vertiente de la historia cotidiana –afín a corrientes como la historia de las mentalidades y de las emociones– y nos adentra en estas recónditas recámaras donde figonea a gusto los arrumacos de sus enamorados.

Incluyente como corresponde en los tiempos que corren, Samper Pizano acoge las variantes del amor heterosexual, homosexual, pansexual, el poliamor (que ya estaba de moda en la antigüedad) y hasta el amor por sí mismo (representado en el futbolista sueco Zlatan Ibrahimović del primer tomo).

Como pórtico de cada relato están los retratos cómicos de Matador, así como los títulos desopilantes y los sumarios que cumplen la misión de seducir al lector con sabrosas carnadas. Tampoco es caprichosa la tipografía de los títulos ni otros elementos del diseño, de buen recibo en un libro humorístico, para terminar con los retratos y fotos de los protagonistas reales. Como paratexto están las abundantes notas a pie de página en las que el autor contextualiza la historia, monologa y hace sus oportunos y chispeantes apuntes filológicos, lingüísticos y –cómo perder la

oportunidad!– políticos. A diferencia de lo que pasa con la literatura académica dura, aquí el lector no osa saltarse las notas porque son la cereza del pastel. En medio de tanta armonía solo desentona una “ribera francesa” (p. 133), que todavía tendrá indigesto al gazapero mayor, miembro correspondiente de la Real Academia Española, por no mencionar otros pocos rípios que se le escaparon al corrector.

Ya metidos en el lecho, entre las insólitas parejas sobresale la de Rubén Darío y Paca Sánchez por dispareja. El célebre poeta modernista nicaragüense, entrado en años, la atisba en el jardín de una casa madrileña y aunque la susodicha de origen campesino carece de atributos físicos, y en su condición de analfabeta ni siquiera puede celebrar los poemas del pretendiente, este cae fulminado de amor a primera vista para desconcierto de su círculo social e intelectual. Y contra todo pronóstico Francisca lo acompañó hasta la muerte.

También desata chispas el amor radioactivo entre madame Curie y su marido Pierre Curie. Ante la muerte accidental de este último, el joven colega Paul Langevin, ya casado, la distraería prontamente de la viudez. Quedó demostrado, el Premio Nobel (que recibió por partida doble la científica polaca) no riñe con la vida que bulle fuera de los laboratorios. Y algo atrae este personaje sobre el que se han puesto últimamente los reflectores, como lo hizo la española Rosa Montero con la novela *La ridícula idea de no volver a verte* y la última serie de Netflix dirigida por la iraní Marjane Satrapi.

Entre las parejas más avenidas en los anales sentimentales de la historia está la de sir Winston Churchill y Clementine Hozier, cuyo amor a prueba de guerras, de los rabionones de Churchill, de sus interminables puros y whiskies, contribuyó al fin de la Segunda Guerra Mundial. Un tándem más benéfico para la humanidad que otros como el de Mao Zedong y Jian Qing, la cuarta esposa del líder de la China comunista, con quien procreó la nefasta Revolución Cultural.

Y no podía faltar la pareja criolla que en el primer volumen tuvo como exponentes a Rafael Núñez y Soledad Román, quienes lograron la bendición papal pese a vivir en adulterio y cambiaron para peor el destino del país.

En este segundo volumen figura la de Francisco José de Caldas, “que descubrió la naturaleza pero no las mujeres” (p. 45), con la infeliz payanesa Manuela Barahona, que nunca logró llenar los vacíos afectivos del inmoldado sabio y quedó pintada en la pared de la historia nacional. De hecho, esta antipareja disuena en el sonajero amoroso del libro porque solo está unida por el desprecio, pero el autor es libre de tomarse sus licencias.

Sobresale la habilidad de Daniel Samper Pizano para mezclar el pasado y el presente con analogías desternillantes que marcan otra clave de lectura. Su prosa juguetona se regodea con los mestizajes del lenguaje que lo llevan a combinar usos actuales para hechos del pasado (verbigracia, un manuscrito del Medioevo que fue “jaqueado”; Lucrecia Borgia, que era más “proactiva”; Xing, seleccionada en el concurso de concubinas del emperador chino Xianfeng, estuvo dos años en el “banquillo” esperando a que la llamara) con los calambures de bardo extraviado en la literatura cómica y la menudencia de los detalles, técnica imprescindible en el humor que, para mayor efecto, refuerza con la muletilla “juro que es verdad”, rematando la faena cual Cupido ya entrado en años.

A diferencia de los historiadores envarados, a Samper Pizano lo asaltan quisicosas de este tenor: cómo hacía un tipo tan pulcro como el aviador gringo Charles Lindbergh para solucionar problemas de evacuación en su diminuto avión. Así mismo, saca ventaja de su gusto musical por zarzuelas, boleros, vallenatos y hasta baladas, que le prestan los versos más cursis del cancionero, y esas notas se cuelan entre los renglones poniendo color y ritmo a los amores folletinescos narrados. Aunque conjeturo que las fuentes más succulentas para el investigador fueron las cartas de amor. Por ello destaca la correspondencia luminosa y voluminosa que sostuvo el escritor Albert Camus con la artista María Casares, y apunta sobre el género epistolar amoroso que, aunque hoy se encuentra derrotado por las nuevas tecnologías, “ha sido uno de los más socorridos y leídos en el mundo” (p. 313).

Con su vena satírica canalizada para caricaturizar la realidad nos regala semblanzas sin desperdicio, a la manera de los clásicos ibéricos como Ramón

del Valle-Inclán o el más cercano César González-Ruano (tan genial que hasta se le perdona su pasado fascista). Con el escritor Jean-Paul Sartre no escatima maldad: “Sartre era bajito, encorvado, tenía un ojo en órsay y su clasificación zoológica habría sido la de un batracio” (p. 316). De Mao Zedong dice: “Tenía fama como conductor de masas y sujeto poco aseado. Nunca se cepilló los dientes y se limitaba a masticar hojas de té con su verde dentadura” (p. 344).

Si la historia no estuviese tan ausente de los planes de estudio de la enseñanza básica y secundaria en Colombia, libros como estos deberían ser vivamente recomendados para que las nuevas generaciones comiencen su acercamiento por las alcobas, los verdaderos centros de poder. Finalmente, la historia como divertimento no deja de ser un asunto serio.

Maryluz Vallejo Mejía